

EL TERROR DE LA NADA:

LA MENTE COMO CELDA Y TUMBA

Pero entonces, mientras seguía avanzando cautelosamente, resonaron en mi recuerdo los mil vagos rumores de las cosas horribles que ocurrían en Toledo. Cosas extrañas se contaban sobre los calabozos; cosas que yo había tomado por invenciones, pero que no por eso eran menos extrañas y demasiado horrorosas para ser repetidas, salvo en voz baja. ¿Me dejarían morir de hambre en este subterráneo mundo de tiniebla, o quizá me aguardaba un destino todavía peor? Demasiado conocía yo el carácter de mis jueces para dudar de que el resultado sería la muerte, y una muerte mucho más amarga que la habitual. Todo lo que me preocupaba y me enloquecía era el modo y la hora de esa muerte.

[...]

Avancé al principio con suma precaución, pues aunque el piso parecía de un material sólido, era peligrosamente resbaladizo a causa del limo. Cobré ánimo, sin embargo, y terminé caminando con firmeza, esforzándome por seguir una línea todo lo recta posible. Había avanzado diez o doce pasos en esta forma cuando el ruedo desgarrado del sayo se me enredó en las piernas. Trastrabillando, caí violentamente de bruces.

E. A. Poe, «El pozo y el péndulo» (1842)

Tras el descenso, el reo es conducido por sus verdugos a una mazmorra en la que se enfrenta a diversas y espantosas torturas –sobre todo de tipo psicológico– mientras lucha por su supervivencia. El narrador necesita saber y para ello comienza un proceso en el que su mermada razón lucha por imponerse a las tinieblas: no solo las físicas, sino también las que acuden a su imaginación y lo desesperan. Cuando se decide a abrir los ojos, comprueba que una intensa negrura lo rodea y se halla ante uno de los mayores horrores concebidos por la mente humana.

Su primer contacto con la celda es, por tanto, aterrador. Seguidamente comprueba que podía moverse, pero, mientras avanzaba muy despacio, volvieron a su «recuerdo los mil vagos rumores de las cosas horribles que sucedían en Toledo». En ese punto de la narración, el lector descubre que el preso ha caído víctima de la Inquisición española.

Una vez que el protagonista se decide a «explorar» la celda, privado como está del sentido de la vista, se ve obligado a hacerlo con sus manos, moviéndose a tientas, tropezando y cayendo. Tras una de estas caídas, «y cuando aún yacía boca abajo», se percató de «que bañaba mi frente un vapor viscoso, y el olor característico de los hongos podridos penetró en mis fosas nasales. Tendí un brazo y me estremecí al descubrir que me había desplomado exactamente al borde de un pozo circular». Aparece así uno de los dos elementos fundamentales de esta ficción, el pozo. Este pozo, ubicado en el centro de la celda, genera un espantoso sentimiento de terror en el narrador que, enfatizando las sensaciones de abismo y de desesperación, anuncia su muerte.

